

Luis Urquieta Molleda

Literatura y sociedad

Análisis acerca de la relación entre la práctica creativa y la realidad social; un propósito para entender cómo la literatura incide en la colectividad humana, su certeza y magnitud axiológica, enfoque y motivación para que escritores y lectores se planteen la pregunta.

(Segunda y última parte)

¿Para qué sirve la Literatura?

A Borges lo irritaba que le preguntaran: "¿Para qué sirve la literatura?". Le pareció una pregunta idiota y respondió: "¡A nadie se le ocurriría preguntarse cuál es la utilidad del canto de un canario o de los arreboles de un crepúsculo!". En efecto, si esas cosas bellas están allí y gracias a ellas la vida, aunque sea por un instante, es menos fea y menos triste, ¿no es mezquino buscarles justificaciones prácticas? Sin embargo, a diferencia del gorjeo de los pájaros o el espectáculo del sol hundiéndose en el horizonte, un poema, una novela, no están simplemente allí, fabricados por el azar o la Naturaleza. Son una creación humana, y es lícito indagar cómo y por qué nacieron, y qué han dado a la humanidad para que la literatura, cuyos remotos orígenes se confunden con los de la escritura, haya durado tanto tiempo.

Nacieron, como inciertos fantasmas, en la intimidad de una conciencia, proyectados a ella por las fuerzas conjugadas del inconsciente, una sensibilidad y unas emociones a las que, en una lucha a veces a mansalva con las palabras, el poeta, el narrador, fueron dando silueta, cuerpo, movimiento, ritmo, armonía, vida. Una vida artificial, hecha de lenguaje e imaginación, que coexiste con la otra, la real, desde tiempo inmemoriales, y a la que acuden hombres y mujeres —algunos con frecuencia y otros de manera esporádica— porque la vida que tienen no les basta, no es capaz de ofrecerles todo lo que quisieran. La literatura no comienza a existir cuando nace, por obra de un individuo; sólo existe de veras cuando es adoptada por los otros y pasa a formar parte de la vida social, cuando se torna, gracias a la lectura, experiencia compartida.

Uno de sus primeros efectos benéficos ocurre en el plano del lenguaje. Una comunidad sin literatura escrita se expresa con menos precisión, riqueza de matices y claridad que otra cuyo principal instrumento de comunicación, la palabra, ha sido cultivado y perfeccionado gracias a los textos literarios. Una humanidad sin lecturas, no contaminada de literatura, se parecería mucho a una comunidad de tartamudos y de afásicos, aquejada de tremendos problemas de comunicación debido a lo grosero y rudimentario de su lenguaje.

Esto vale también para los individuos, claro está. Una persona que no lee, o lee poco, o lee sólo basura, puede hablar mucho pero dirá siempre pocas cosas, porque dispone de un repertorio mínimo y deficiente de vocablos para expresarse. No es una limitación sólo verbal: es, al mismo tiempo, una limitación intelectual y de horizonte imaginario, una indigencia de pensamientos y de conocimientos, porque las ideas, los conceptos, mediante los cuales nos apropiamos de la realidad existente y de los secretos de nuestra condición, no existen disociados de las palabras a través de las cuales lo reconoce y define la conciencia.

Se aprende a hablar con corrección, profundidad, rigor y sutileza, gracias a la buena literatura, y sólo gracias a ella. Ninguna otra disciplina, ni tampoco rama alguna de las artes, puede sustituir a la literatura en la formación del lenguaje con que se comunican las personas. Los conocimientos que nos transmiten los manuales científicos y los tratados técnicos son fundamentales; pero ellos no nos enseñan a dominar las palabras ni a expresarnos con propiedad: al contrario, a menudo están muy mal escritos y delatan confusión lingüística, porque sus autores, a veces indiscutibles eminencias en su profesión, son literariamente incultos y no saben servirse del lenguaje para comunicar los tesoros conceptuales de que son poseedores.

Hablar bien, disponer de un habla rica y diversa,

encontrar la expresión adecuada para cada idea o emoción que se quiere comunicar, significa estar mejor preparado para pensar, enseñar, aprender, dialogar, y, también, para fantasear, soñar, sentir y emocionarse.

De una manera subrepticia, las palabras reverberan en todos los actos de la vida, aun en aquellos que parecen muy alejados del lenguaje. Éste, a medida que, gracias a la literatura, evolucionó hasta niveles elevados de refinamiento y matización, elevó las posibilidades del goce humano, y, en lo relativo al amor, sublimó los deseos y dio categoría de creación artística al acto sexual. Sin la literatura, no existiría el erotismo. El amor y el placer serían más pobres, carecerían de delicadeza y exquisitez, de la intensidad que alcanzan educados y azudados por la sensibilidad y las fantasías literarias. No es exagerado decir que una pareja que ha leído a Garcilazo, a Petrona, a Góngora y a Baudelaire ama y goza mejor que otra de analfabetos semiidiotizados por los programas de televisión. En un mundo aliterario, el amor y el goce serían indiferenciables de los que sacian a los animales, no irían más allá de la cruda satisfacción de los instintos elementales: copular y tragar.

Los medios audiovisuales tampoco están en condiciones de suplir a la literatura en la función de enseñar al ser humano a usar con seguridad y talento las riquísimas posibilidades que encierra la lengua. Por el contrario, los medios audiovisuales tienen, como es natural, a relegar a las palabras a un segundo plano respecto a las imágenes, que son su lenguaje primordial, y a constreñir la lengua a su expresión oral, lo mínimo indispensable y lo más alejada de su vortiente escrita, que, en la pantalla, pequeña o grande, y en los parlantes, resulta siempre soporífica.

Decir de una película o un programa que es "literario" es una manera elegante de llamarlos aburridos. Y, por eso, los programas literarios en la radio o la televisión rara vez conquistan al gran público. Ello lleva a pensar, también, aunque con ciertas dudas, que la literatura no sólo es indispensable para el cabal conocimiento y dominio del lenguaje, sino que la suerte de la literatura está ligada en matrimonio indisoluble, a la del libro, ese producto industrial al que muchos declaran ya obsoleto.

Diremos todavía que hay otra pregunta que formularse:

¿Cuál es el lugar de la literatura en un mundo de modernidad arrrollada por la ciencia y la técnica?

El prodigioso desarrollo de la ciencia y la técnica y su fragmentación en compartimentos marca hoy la era de la especialización del conocimiento, que vertiginosa brota a cegar los pródomos de la cultura. Quién podría dudar de los beneficios de este avance cuando la especialización, que permite profundizar en la exploración y la experimentación es el motor del progreso. Esta forma de progreso está eliminando los denominadores comunes de la cultura, generatrices por las cuales los hombres y las mujeres pueden coexistir comunicarse y sentirse solidarios.

En nuestro tiempo ciencia y técnica ya no pueden cumplir aquella función cultural integradora, precisamente por la infinita riqueza de conocimientos y la rapidez de su evolución que la ha llevado a la especialización y al uso de léxicos herméticos.

La literatura, en cambio, a diferencia de la ciencia y la técnica, es, ha sido y seguirá siendo uno de esos factores de la experiencia humana, gracias al cual los seres vivientes se reconocen y dialogan, no importa cuán distantes sean sus ocupaciones y designios vitales, los universos y las circunstancias en que se hallen, e, incluso, los tiempos históricos que determinan su horizonte. Leyendo a Cervantes o Shakespeare, a Dante o a Tolstói, a Goethe o a Víctor Hugo, nos entendemos y nos sentimos miembros de la misma especie porque, en las obras que ellos crearon, aprendimos aquello que compartimos como seres huma-

nos, lo que permanece en todos nosotros por debajo del amplio abanico de diferencias que nos separan. Y nada protege mejor al ser viviente contra los prejuicios de todo jaez, como esta comprobación incesante que aparece siempre en la gran literatura: la igualdad esencial de hombres y mujeres de todas las geografías y la injusticia que establece entre ellos formas de discriminación, sujeción o explotación.

Nada enseña mejor que la literatura a ver, en las diferencias étnicas y culturales, la riqueza del patrimonio humano y a valorarlas como una manifestación de su múltiple creatividad. Leer buena literatura es divertirse, sí; pero también, aprender de manera directa e intensa la experiencia vivida a través de las ficciones, qué somos y cómo somos en nuestra integridad humana, con nuestros actos y sueños y fantasmas, a solas o en el entramado de relaciones que nos vinculan a los otros, en nuestra presencia pública y en el secreto de nuestra conciencia, en fin esa compleja suma de verdades contradictorias de que está hecha la condición humana.

Esa esencia totalizadora del ser humano, hoy, sólo se encuentra en la literatura. Por eso, Marcel Proust, buscando el tiempo perdido, afirmaba: "La verdadera vida, la vida por fin esclarecida y descubierta, la única vida por lo tanto plenamente vivida, es la literatura". No exageraba, guiado por el amor a esa vocación que practicó con admirable talento; simplemente quería decir que, gracias a la literatura, la vida se entiende y se vive mejor, y entender y vivir la vida mejor significa vivirla y compartirla con los otros.

El vínculo fraterno que la literatura establece entre los seres humanos, instándolos a dialogar y haciéndolos conscientes de un fondo común, de formar parte de un mismo linaje espiritual, trasciende las barreras del tiempo. La literatura nos retrotrae al pasado y nos hermana con quienes en épocas pretéritas, fraguaron, gozaron y soñaron con esos textos que nos legaron y que, ahora, nos hacen gozar y soñar también a nosotros. Ese sentimiento de pertenencia a la colectividad humana a través del tiempo y el espacio es el más alto logro de la cultura, y nada contribuye tanto a renovarlo en cada generación como la literatura.

En la generación presente, en esta nuestra aldea interior llamada Bolivia también hay la fluencia generosa de los espíritus forjados en la literatura; hacen literatura y creen en ella, transitan por los fueros de la verdad esencial amando la libertad y el decoro. Por eso mismo, a quienes se forman para después enseñar literatura deben sobre todas las cosas inculcar en sus receptores una voluntad férrea para desarrollar su hábito y su vocación por la lectura, por encima de las recetas que tienen para instrumentar el aprendizaje de materia tan portentosa como es la Literatura.

Fin